

La Iglesia: unidad y diversidad

Dr. J. Ayodeji Adewuya

Profesor de Nuevo Testamento y Griego en el Seminario Teológico Pentecostal

El mundo actual es definido por las muchas divisiones políticas, étnicas, raciales, religiosas, entre otras. La Iglesia, desafortunadamente, no es inmune a tales males. Cabe preguntarse lo siguiente: «¿Puede trascender la Iglesia las divisiones que plagan su contexto y evitar ser arrastrada por los torrentes de desarmonía, divisiones y desunión?». Este ensayo propone que la Iglesia debe recuperar su identidad bíblica.

Pablo ofrece en sus cartas en el Nuevo Testamento su experiencia y comprensión de la Iglesia primitiva mediada por sus interacciones con las congregaciones con las que estuvo asociado. Esas cartas son cruciales para la Iglesia del siglo XXI que es confrontada con una variedad de preguntas, en particular acerca de la unidad y la diversidad. Pablo confronta a sus lectores con imágenes poderosas, ideas contradictorias y el testimonio viviente de los creyentes en el Señor Jesús. Aunque pudiéramos argumentar que no presentó una doctrina fija o teología sistemática de la Iglesia, plasma un testimonio vital de su realidad mediante la exposición dinámica de la vida, el compromiso y celo de sus colaboradores, las congregaciones y de sí mismo.

Las cartas de Pablo demuestran que la división no es un fenómeno nuevo dentro de la Iglesia. La novedad del siglo XXI es la amenaza de la construcción de más límites. Si bien Pablo se esforzó por minimizar las distinciones sociales, de género y raza dentro de las primeras comunidades cristianas, lo cierto es que las pruebas revelan que dichas clasificaciones sociales continuaron operando hasta cierto punto dentro de las congregaciones paulinas.

Al igual que en el mundo actual, el estatus social contribuyó a los problemas interpersonales en las primeras comunidades cristianas. La mezcla étnica y socioeconómica de estas congregaciones fue un factor determinante en sus problemas. Pablo confrontó el desafío de crear un grupo cuya identidad moral y teológica estuviesen claras, y a la vez, que incorporara a diversos grupos: judío y gentil, hombre y mujer, esclavo y libre. Sus cartas en parte tuvieron como fin aclararles cuáles podrían y deberían ser las relaciones sociales de la Iglesia con sus sociedades. Las organizaciones que buscan preservar sus identidades constantemente están separándose de la sociedad externa. Tanto los miembros como los de afuera deben tener una clara idea del carácter del grupo. Sin embargo, este intento de acercarse a otros o demarcar la separación entre los creyentes y el mundo tiene dos efectos opuestos. El primero resulta en la inclusión misional, mientras que el segundo en la definición del carácter del pueblo de Dios. Pablo atendió los problemas de cada congregación recurriendo a muchas metáforas que ilustraron vívidamente la unidad y la diversidad de la Iglesia.

Un cuerpo, muchos miembros

Pablo presenta una de sus analogías más significativas cuando describe a la Iglesia como el «cuerpo de Cristo» (Rm 12:4-5; 1 Co 12:7; Ef 1:22-23; 4:15-16; 5:23, 30; Col 1:24). Este concepto es mencionado frecuentemente en sus cartas y encontramos una rica variedad de analogías. Esta analogía la emplea dentro del contexto de su discusión sobre la diversidad de los dones espirituales (véase Rm 12:4-11), sosteniendo que cada parte del cuerpo no solamente es esencial para su buen funcionamiento, sino también para que alcance su potencial.

Sin duda es una analogía apropiada. El cuerpo humano está compuesto por muchas partes que tienen funciones muy diferentes. No obstante, es una unidad funcional en la que sus miembros trabajan en armonía por el bien del cuerpo. La pérdida de uno de los miembros lo deja

lisiado e incapacitado de funcionar a plenitud. Asimismo, cada miembro de la Iglesia posee su propio conjunto de talentos, habilidades y dones espirituales. Cada miembro debe aportar su talento, sus habilidades y carismas a la obra para el funcionamiento de la Iglesia. Por lo tanto, la Iglesia, al igual que el cuerpo humano, funciona como una unidad; y, al igual que el cuerpo humano, su funcionamiento termina afectado cuando uno o más de sus miembros están atrofiados. La posición, función y el valor de cada miembro son definidas dentro de la totalidad del «cuerpo» de la Iglesia.¹ Ese cuerpo de Cristo es amenazado cuando alguien dice: «No te necesito» (1 Co. 12:21). Sin embargo, Pablo temía que el cuerpo de la iglesia corintia quedara mutilado. Si ambas voces fueran ciertas, el cuerpo se vería radicalmente disminuido, primero, por la pérdida de quienes no se sentían parte del grupo y, segundo, por aquellos que querían amputar las partes que consideraban innecesarias. El cuerpo quedaría mutilado y por ende, perdería su santidad. Por lo tanto, Pablo entiende que cualquier amenaza de división y desunión es un ataque contra los límites del espacio santo (véase 1 Co 1:10; 3:1; 11:18; 12:25; 13; 5:20). En este caso concentra sus energías en que los de adentro estaban amenazando los límites de la comunidad. Su analogía del cuerpo refuerza la unidad del grupo con su diversidad de dones.²

No obstante, Pablo da un giro inesperado a esta analogía. Cualquiera esperaría que hablara de la «iglesia» u otro término similar, pero en cambio, menciona a «Cristo». Tal parece que está equiparando a la «iglesia», toda la organización que agrupa a los cristianos, con Jesucristo mismo. Él dice: «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero, todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo» (1 Co. 12:12) y lo reitera en el v. 27: «Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo,

¹ J. Ayodeji Adewuya, *Santidad y Comunidad en 2 Co. 6:14–7:1: Perspectivas paulinas de la santidad comunitaria en la correspondencia corintia* (Nueva York: Peter Lang, 2003), 173.

² James W. Thompson, *The Church according to Paul: Rediscovering the Community Conformed to Christ* (Grand Rapids: Baker Academic Books, 2014), 70.

y cada uno individualmente un miembro de él» (1 Co. 12:27). Sin duda, esta descripción de la Iglesia como una unidad funcional semejante al cuerpo humano es muy importante. Pero cuando equipara a la Iglesia con el cuerpo de Cristo ya no parece una analogía. Suena como una declaración de hecho. Es como si Pablo estuviera llevando su analogía hasta sus límites lógicos cuando dice que la Iglesia no es semejante ni que funciona como un cuerpo, sino que a decir verdad, en cierto sentido, es un cuerpo—el cuerpo de Cristo—Cristo mismo. Este «cuerpo» tiene la particularidad de que es dotado por un mismo Espíritu, sirve a un Señor y su inspiración proviene de un solo Dios (1 Co 12:4-6).

El cuerpo humano no solamente tolera la diversidad. Mejor dicho, su sana existencia y funcionamiento depende de ella. Así sucede con el cuerpo de Cristo. Debido a Cristo nos convertimos en su cuerpo y él se asegura de que crezcamos a través de la presencia del Espíritu. La Iglesia participa del único Espíritu que imparte dones (independientemente del estatus social, la raza y el género) que nutren al cuerpo de Cristo. Pablo utiliza la analogía del cuerpo como el punto de partida para entender los dones espirituales y los ministerios de la comunidad cristiana. La unidad y la diversidad, la armonía y la paz son posibles dentro del organismo dinámico que es el cuerpo de Cristo.

La descripción paulina de la Iglesia como el cuerpo de Cristo permite que comprendamos la autoridad de los creyentes. El servicio de los creyentes expresa su autoridad porque reconoce y utiliza las investiduras del Espíritu. Todos los miembros comparten la autoridad de Cristo cristalizada en el servicio.

La comunidad cristiana debe manifestar su unidad y una igualdad radical a pesar de las diferencias de estatus, género u origen étnico de sus miembros. En otras palabras, dentro de la comunidad, la igualdad debe allanar el camino para que cada miembro asuma su responsabilidad

de acuerdo con sus dones. Las funciones estereotipadas y tradicionales asignadas en función del género, la ubicación geográfica, el estatus social, el parentesco, etc., deben perder su fuerza. Todos deben asumir la responsabilidad por las ideas y el liderazgo que desarrollan la vida comunitaria. Pablo da varios ejemplos en sus cartas. Onésimo debe ser tratado como un hermano, en lugar de esclavo. Además, hay que reconocer a mujeres como Apia, cuya contribución a la vida espiritual de la iglesia en Colosas probablemente no fue menos importante que la de Filemón (véase Filemón 2, 16a). Lo anterior se hace eco de la advertencia de Santiago contra el favoritismo en Santiago 2:1-13. El favoritismo nos convierte en jueces malvados que manipulan la justicia en favor de los ricos, despojando a los pobres del derecho a defenderse contra un opresor. Cuando la Iglesia, como pueblo de Dios, discrimina por razón del estatus social, la educación o el género, termina abandonando a quienes tienen una mentalidad espiritual y privilegiando a quienes ni siquiera están calificados. Los comités de nominaciones tienden a escoger a hombres y mujeres más por sus saldos bancarios que por sus habilidades, caracteres o espíritus. La Iglesia debe compartir el amor de Cristo con todos sin tomar en cuenta las diferencias de género, el color de la piel, el estatus social ni la edad. De lo contrario está contradiciendo las enseñanzas de nuestro Señor y será severamente juzgada en el día de su aparición. La Iglesia debe estar dispuesta a cambiar las actitudes prevalentes en la sociedad.

No hay judío, no hay gentil, hombre o mujer, amo o esclavo³

Gálatas 3:26-29 concluye el argumento de Pablo en Gálatas 3:6-29. Aquí pasó de las declaraciones generales en 3:7-9 a las afirmaciones explícitas en los versículos del 26 al 29. El argumento en la sección comienza respondiendo a la pregunta: «¿Quiénes son los hijos de

³ Esta sección fue adaptada de mi ensayo, “Galatians 3:27 and the African Story”, en *One in Christ: Essays on Early Christianity and “All that Jazz” in honor of S. Scott Bartchy* (Eugene, OR.: Cascade Books, 2014).

Abraham?». Termina afirmando que los creyentes en Cristo son «la descendencia de Abraham» (3:29) como hijos e hijas de Dios (véase 3:26). A diferencia del mundo grecorromano de Pablo, donde el valor era determinado por la ubicación geográfica, el género y la genealogía, el distintivo más importante es que estemos «en Cristo». La interpretación del pasaje, especialmente del versículo 28, ha sufrido la aplicación de conceptos erróneos que debemos atender para darle sentido al mensaje de Pablo. En primer lugar, muchos intérpretes erróneamente suponen que este versículo no tiene implicaciones sociales para hoy. Su significado es solamente espiritual. Entendido de esta manera, el pasaje es una «panacea», un ideal escatológico, una meta loable que ocurrirá a la venida de Cristo. Sin embargo, tanto la retórica como la gramática provocan el que cuestionemos cualquier interpretación que limite este pasaje al futuro. Por un lado, en lo que respecta a la destreza retórica, el problema de las iglesias gálatas era más urgente que el regreso de Cristo. Éstas no comprendían la unidad en Cristo ni la convivencia de judíos y gentiles como el pueblo de Dios. Por el otro lado, la gramática indica el uso del verbo en tiempo presente en el versículo 28. En la sociedad judía, el judío, el liberto y el hombre eran superiores; mientras que los gentiles, los esclavos y las mujeres eran inferiores.

En segundo lugar, algunos intérpretes entienden Gálatas 3:28 como una sugerencia implícita de la eliminación de las distinciones sociales en cuyo caso, la Iglesia logra la unidad mediante la abolición de las distinciones sociales, reemplazándolas con una identidad cristiana amalgamada e indiferenciada. Pero nótese que si el motor de Gálatas 3:28 fuera la eliminación de las distinciones sociales, Pablo estaría socavando el fundamento de su propia obra misionera y misión evangelista.

Pablo les anunciaba el evangelio a los gentiles para traerlos a la Iglesia sin que la Ley fuera el requisito para su inclusión en el pueblo de Dios. El problema en Gálatas 3:28 es que

unos estaban dominando o sometiendo a los demás debido a tales diferencias. Thiselton señala con razón: «El permanecer como judío o gentil no surge de la indiferencia general, sino de su irrelevancia salvífica. Al igual que en el caso del género, tales distinciones no son abrogadas de golpe y porrazo. . .». La nueva creación transforma y relativiza tales distinciones, pero tienen su lugar.⁴ Como Campbell también afirma: «Así que, escatológicamente, ya no hay judío o griego, pero no significa que dejaron de ser realidades permanentes en los asuntos éticos de la vida cotidiana de las iglesias».⁵

La unidad en Cristo no se presta a una identidad indiferenciada. Antes bien, es el resultado de la relación de cada persona y comunidad cristiana con Cristo, relaciones que además de garantizar que nos tratemos con respeto, también nos aseguremos de ser equitativos y mutuos los unos con otros a pesar de nuestra «otredad» y muchas diferencias. Los comentarios de Lowe son precisos: «El fundamento sociológico del cristianismo no descansa sobre los lazos del parentesco, como en el judaísmo, sino la comunión en Cristo... Dicha comunidad puede reconocer el parentesco como un aliado potencial, o tratarlo con indiferencia como una fuerza inequívoca o repudiarlo como una distracción. Cualquiera que sea su posición, en última instancia, los lazos de parentesco son prescindibles».⁶

De ahí podemos formular las siguientes observaciones finales. En primer lugar, hay que tener en cuenta que en Gálatas 3:28 Pablo no está soñando con un estado ideal ni estableciendo demandas éticas. Está declarando un hecho. Tampoco está sugiriendo que las distinciones raciales o nacionales dejarán de ser o que ya no habrá amos ni esclavos ni que obviemos que Dios creó hombres y mujeres. Más bien, está diciendo que Dios considera *huioi* (hijos e hijas)

⁴ A.C. Thiselton, *The First Epistle to the Corinthians* NIGTC (Grand Rapids: Eerdmans, 2000), 550-551.

⁵ William S. Campbell, *Paul and Christian Identity* (Londres: T & T Clark, 2008), 92.

⁶ Raphael Lowe, *The position of Women in Judaism* (Londres: 1966), 52-53.

los creyentes bautizados en Cristo Jesús. Por lo tanto, Gálatas 3:28 enfatiza la igualdad radical de los creyentes en Cristo y la eliminación de las distinciones sociales y género dentro de la comunidad de fe. Para Pablo, no solamente está restándole fuerza a los roles estereotipados y tradicionales, sino que todos son responsables de las ideas y el liderazgo dentro de la vida comunitaria.⁷

En segundo lugar, la sociedad actual, en particular el mundo occidental, sigue luchando con un sistema en el que las circunstancias del nacimiento, educación, etnia y el estatus social continúan definiendo el trato de la gente. Incluso en materia de justicia, difícilmente podemos hablar de igualdad. Los cristianos no pueden retirarse a su ciudadela de la unidad espiritual e ignorar sus responsabilidades como miembros de la sociedad. De este pasaje se desprende que como pueblo con valores iguales ante los ojos de Dios, ninguna persona que profese seguir a Cristo debe discriminar en contra de otra. Cuando Pablo declara que, «Ya no hay judío o griego. . .» (Ga 3:28a), está afirmado desde abajo: «¡[nosotros] los judíos [asiáticos, no europeos] no somos inferiores!». Pablo contrarresta la colonia con un mensaje que descoloniza a los colonizados para que cobren consciencia de su condición divina como hijos e hijas de la promesa (véase Gal. 4:23, 28, 31), independientemente de sus contextos culturales, etnias, géneros y estatus sociales (véase 3:28). Por lo tanto, el africano puede gritar, «¡Aleluya!». Cristo ha liberado a los afroamericanos para que digan «sí» a su «negrura y herencia africana» y a la mujer para que diga «sí» a su «feminidad». Gálatas 3:28 no promueve una sociedad «sin raza» ni «género», sino una en la que cada persona pueda apreciarse y celebrarse tanto a sí misma como a los «otros».

⁷Helen Doohan, *Paul's Vision of the Church* (Wilmington, DE: Michael Glazier, 1989), 179.

Las distinciones raciales son irrelevantes en la Iglesia y la discriminación racial es pecado. El pueblo de Dios tiene que actualizar el mensaje de Pablo en Gálatas 3:28. Su marco interpretativo moldea y libera poderosamente a las personas esclavizadas con miras a crear nuevas comunidades poscoloniales en Cristo. El lenguaje de Gálatas 3:28 supone que la sociedad alternativa ha trascendido las principales formas de dominación social del Imperio romano. Esta fórmula pudo haber expresado los ideales de las relaciones sociales dentro del nuevo movimiento, la *Ekklesia*, y de la misión de Pablo. Pablo afirmó que «ya no hay judíos ni griegos» en las asambleas que ayudó a organizar entre los pueblos del Asia Menor y Grecia. Era un contraste con la ideología del orden imperial. Pero la historia no alcanza su punto culminante con Roma, sino en Israel.⁸

En tercer lugar, debemos cuidarnos de que nuestro empeño por articular un relato de la identidad y la dinámica social opuesta a lo que caracterizó al mundo grecorromano de Pablo no borre la diferencia ni los silencios que están presentes dentro del propio objeto de estudio.

En cuarto lugar, el reconocimiento de la diversidad no es suficiente ni estratégico para que la Iglesia cumpla su visión y misión. Más bien, la Iglesia debe esforzarse por el tipo de inclusión que haga de la diversidad existente su mayor fortaleza. La inclusión significa la participación e integración de la diversidad en los sistemas y procesos organizativos y, por lo tanto, el desarrollo de un ambiente de trabajo en donde todos tengan la oportunidad de dar lo mejor de sí.

En quinto lugar, este objetivo y visión compartida (en lugar de enfatizar estas diferencias) de crear una cultura inclusiva requiere cierta mentalidad y nuevos comportamientos. Significa

⁸ Richard A. Horsley, "Paul and Slavery: A Critical Alternative to Recent Readings", ed. Allen Dwight Callahan, et al., *Semeia* 83/84 (1998), 177.

que vayamos más allá de las soluciones fáciles en grupos afines. Significa que interrumpamos la conformidad y cuestionemos las suposiciones, examinemos los hechos y pensemos profundamente.

En conclusión, el himno *En Cristo no hay Oriente ni Occidente*, escrito en el 1908 por el famoso escritor inglés, John Oxenham, tiene una historia hermosa. Este himno fue parte de un guion creado para el concurso de una actividad misionera gigante y patrocinada por la exhibición de la Sociedad Misionera de Londres, titulada “El oriente” en Londres. Su poderoso efecto se nota en una anécdota de los días finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando dos barcos quedaron contiguos, el uno con japoneses y el otro con soldados estadounidenses, que esperaban ser repatriados. Durante todo el día estuvieron mirándose los unos a otros. De repente, alguien comenzó a cantar: «En Cristo no hay Oriente ni Occidente». Luego, una persona del lado opuesto se unió al cántico. De repente se formó un coro de enemigos que alababan al Señor con estas letras:

En Cristo no hay Oriente ni Occidente,
en Él no hay Norte o Sur,
sólo una gran fraternidad de amor
en toda la tierra.

En Él todos los corazones
Encontrarán su santa comunión;
Su servicio es el cordón de oro
Que une a la humanidad.

Juntemos las manos, hermanos de la fe,
Cualquiera sea tu raza;
Quien sirve a mi Padre como hijo
Sin duda mi pariente es.

En Cristo Oriente y Occidente se encuentran,
Norte y Sur también;
todas las almas de Cristo son una en Él
en toda la tierra.⁹

⁹ Kenneth W. Osbeck, *Amazing Grace: 366 Inspiring Hymn Stories for Daily Devotions* (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1996), 34.